



LAS MÁSCARAS DE EROS

Francisco Muñoz-Martín

La fórmula “**Toujours la chose sexuelle**” (“siempre la cosa sexual”) resume bien una intuición central del psicoanálisis clásico: allí donde la conciencia cree moverse por motivos estéticos, morales, sociales o racionales, la sexualidad —entendida no como mero acto genital, sino como **pulsión, deseo, falta y búsqueda del Otro**— continúa operando silenciosamente.

Para Sigmund Freud, la sexualidad no constituye una esfera separada de la vida, sino una energía que se desplaza, se transforma y se sublima en múltiples producciones humanas: el arte, la moda, la religión, la cortesía, el lenguaje y los adornos corporales. La pulsión raramente se presenta desnuda; aparece disfrazada.

Desde esta perspectiva, la cosmética, los perfumes, los labios coloreados, las pestañas realzadas, las flores en el cabello o ciertos elementos ornamentales del vestido pueden interpretarse como **significantes del deseo**, es decir, como formas culturales mediante las cuales el cuerpo se vuelve legible para la mirada del otro.

Sin embargo, conviene introducir una matización importante. No se trata de afirmar que toda mujer que utiliza cosméticos esté expresando conscientemente un deseo sexual o una

estrategia reproductiva. Esa sería una reducción biologicista. El interés psicoanalítico reside más bien en comprender cómo ciertos objetos adquieren un valor simbólico dentro de una economía del deseo.

Los labios pintados, por ejemplo, atraen la atención sobre una zona erógena primordial vinculada a la oralidad. Los perfumes evocan una dimensión olfativa que conecta con registros muy arcaicos de la atracción. Las flores en el cabello o en el vestido han funcionado históricamente como símbolos de juventud, fecundidad, belleza efímera y renovación vital. La moda, en este sentido, no oculta la sexualidad; la **escenifica y la vela simultáneamente**.

Aquí aparece una idea particularmente fecunda de Jacques Lacan: el deseo humano no se dirige tanto al objeto biológico como al enigma que ese objeto representa. Lo que atrae no es simplemente el cuerpo, sino aquello que el cuerpo promete y nunca termina de revelar. El velo resulta tan importante como aquello que cubre.

Por eso muchos adornos femeninos —y también masculinos, aunque históricamente de forma distinta— funcionan como una especie de lenguaje del misterio. No muestran directamente el sexo; lo sugieren. No exhiben la realidad anatómica; la convierten en signo. La seducción se organiza alrededor de una dialéctica entre presencia y ausencia, entre revelación y ocultamiento.

Desde una mirada antropológica más amplia, podría decirse que todas las culturas han desarrollado sistemas de ornamentación corporal que transforman la reproducción biológica en un fenómeno simbólico. El apareamiento humano no se basa únicamente en instintos, sino en relatos, rituales, vestimentas, perfumes, peinados y códigos de belleza. La naturaleza queda recubierta por la cultura.

En ese sentido, la frase “siempre la cosa sexual” no significa que todo sea sexo de manera trivial. Significa algo más profundo: que el deseo sexual, transformado por el lenguaje y la cultura, continúa manifestándose en formas aparentemente alejadas de la genitalidad. La cosmética, la moda y los adornos pueden entenderse como parte de ese inmenso escenario donde el ser humano convierte la necesidad biológica en representación simbólica.

Pero el psicoanálisis contemporáneo añadiría una última observación: además de servir a la atracción sexual o a la conservación de la especie, estos elementos también expresan identidad, narcisismo, creatividad, pertenencia social, juego estético y construcción subjetiva.

El perfume puede ser una invitación al otro, pero también una firma personal. El maquillaje puede seducir, pero también afirmar una imagen de sí.

La riqueza del fenómeno humano reside precisamente en que la pulsión nunca aparece sola: llega siempre entrelazada con la cultura, el deseo, la fantasía y el significado. Ahí radica la profundidad de la intuición freudiana: bajo las formas más refinadas de la civilización, la vida pulsional sigue hablando, aunque lo haga en voz baja y con máscaras exquisitas.